



abramos nuestros corazones

el incesante llamado al amor *carta pastoral contra el racismo*

Racismo y migración en los Estados Unidos

En la Carta pastoral contra el racismo de noviembre de 2018, *Abramos nuestros corazones*, la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos instó a todos los católicos a reconocer “el flagelo del racismo” que todavía existe en nuestros corazones, palabras, acciones e instituciones. El racismo tiene sus raíces en la incapacidad de reconocer la dignidad humana de las personas de diferentes orígenes étnicos. No refleja el amor al prójimo que el Señor nos llama a tener. Niega la belleza de la diversidad del plan de Dios. El racismo se manifiesta en acciones pecaminosas individuales, que contribuyen a estructuras de pecado que perpetúan la división y la desigualdad. Un área donde el racismo se ha vuelto evidente es la forma en que los Estados Unidos han abordado la cuestión de la migración, históricamente e incluso hoy.



La etnicidad ha sido durante mucho tiempo un factor orientador de la política migratoria en los Estados Unidos. Uno de los primeros y más notable ejemplos de esto fue la migración

forzada y la esclavitud de millones de personas africanas a la América del Norte colonial. La esclavitud, y las ideas racistas en que se basó la trata de esclavos, informaron el desarrollo de la política migratoria. Otro ejemplo fue la Ley de Exclusión de Chinos de 1882, una ley federal que prohibió de hecho la migración china a los Estados Unidos.

A principios del siglo XX, la eugenesia se hizo popular entre muchas élites políticas y científicas. Aunque falsa, se sostuvo como ciencia, en que se utilizaron principios biológicos para diferenciar entre lo que se percibía como razas superiores e inferiores. Los opositores a la inmigración masiva creían que los linajes no católicos del norte de Europa o anglosajones eran superiores a los que se originaban fuera del norte de Europa. Las políticas promulgadas con base en la eugenesia respondieron a temores de que la migración sin restricciones desde el sur y el este de Europa, Asia o África “diluiría” la naturaleza anglosajona de la vida en los Estados Unidos.

Esta misma ideología alcanzó un punto culminante con la aprobación de la Ley de Orígenes Nacionales en 1924, que impuso un sistema de cuotas que restringió de manera significativa la inmigración de países del hemisferio oriental a los Estados Unidos. Los países del hemisferio occidental quedaron exentos. Este sistema permaneció vigente durante cuatro décadas, terminando con la aprobación de la Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965.

Aunque se eliminó la discriminación racial abierta que estaba inserta en el sistema de cuotas, muchas comunidades de migrantes siguen sufriendo racismo en su vida en los Estados Unidos. Los hispanos y otras poblaciones migrantes a menudo son discriminados en la contratación, vivienda, oportunidades educativas y en el sistema de justicia penal.

Aunque el Evangelio nos llama a dar la bienvenida al extranjero, muchos inmigrantes y refugiados se encuentran con miedo, prejuicio y odio. Es común la retórica racista que margina y causa discriminación contra las poblaciones migrantes. En respuesta, la Iglesia debe proporcionar un contraejemplo a los que utilizan la raza para negar la dignidad concebida por Dios de las personas migrantes. Como católicos, estamos llamados a dar la bienvenida a los recién llegados y ayudarlos a facilitar su transición a la vida aquí en los Estados Unidos.

Una comunidad verdaderamente acogedora no surge por casualidad, sino que se establece con el trabajo duro y la convicción de la población local, a través del servicio directo, el intercambio de experiencias, la fe, la incidencia y el fortalecimiento de las instituciones.

En su carta pastoral *Juntos en el camino de la esperanza: Ya no somos extranjeros*, los obispos de los Estados Unidos y México enfatizaron la importancia del encuentro en el proceso de conversión. *Ya no somos extranjeros* nos recuerda que “el proceso de conversión de corazón y mente tiene como consecuencia la necesidad de superar actitudes de superioridad cultural, indiferencia y racismo; de no ver al forastero como un extranjero con malas intenciones, a un terrorista o una amenaza económica, sino como una persona plena en dignidad y derechos que revela la presencia de Cristo, portadora de profundos valores culturales y de tradiciones ricas en la fe”.

Para más información

- [Campaña Justicia para los Inmigrantes](#)
- [Comité de Servicios de Migración y Refugiados de la USCCB](#)
- [Juntos en el camino de la esperanza: Ya no somos extranjeros](#), Carta pastoral de los Obispos de los Estados Unidos y México
- [Comité de Diversidad Cultural de la USCCB](#)

Oremos con el papa san Juan Pablo II

“Señor Dios, Padre nuestro, tú has creado al ser humano, hombre y mujer, a tu imagen y semejanza y has querido la diversidad de los pueblos en la unidad de la familia humana; sin embargo, a veces, la igualdad de tus hijos e hijas no ha sido reconocida, y los cristianos se han hecho culpables de actitudes de marginación y exclusión, permitiendo las discriminaciones a causa de la diversidad de raza o de etnia. Perdónanos y concédenos la gracia de poder curar las heridas todavía presentes en tu comunidad a causa del pecado, de modo que todos podamos sentirnos hijos tuyos”. ([Oración universal en la Jornada del Perdón](#))



Copyright © 2019, United States Conference of Catholic Bishops. Todos los derechos reservados. Este texto puede reproducirse en su totalidad o en parte sin alteración para uso educativo sin fines de lucro, siempre que dichas reimpresiones no se vendan e incluyan este aviso. Papa Juan Pablo II, Oración universal, 12 de marzo de 2000, copyright © 2000, Libreria Editrice Vaticana (LEV), Ciudad del Vaticano. Utilizada con permiso. Todos los derechos reservados. Todas las fotos © iStock Photo. Modelos utilizados con fines ilustrativos. *Este recurso y muchos otros están disponibles en [usccb.org/racism](https://www.usccb.org/racism).*